

© **LOS ASESINOS**

JUAN MAÍLLO

A mi familia.

“El más terrible de los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza perdida. “
Federico García Lorca (1898-1936)

¿Pueden sólo unas frases, oídas o no, ser las causantes de una historia? La que viene a continuación no existiría si no hubiera sido por ellas. Sin duda que tú tienes que mucho que ver en todo esto, don F. Se me quedaron grabadas en lo más profundo de mi memoria. Al escucharlas por primera vez, aniquilaron el sueño y el hastío. Le di varias veces hacia atrás a la grabación. Ese tono de voz entre el murmullo y el ruido del aparato, se hacía cada vez más enigmático según lo escuchaba y apreciaba mejor. Luego se corta de pronto la grabación, justo al terminar de pronunciarlas. Es raro oír ese tipo de cosas pero aquella mañana yo fui testigo. Sí, allí sentado en el despacho, con mi café malo de máquina y la barbilla apoyada en mi mano derecha. Sólo esas palabras. Esas frases fueron las causantes de que yo sintiera una enorme curiosidad de conocer más y más y decidirme a indagar. De que no pudiera dormir bien y de volver a fumar sin medida. De que no recobrarla la paz que me había costado tanto trabajo ganar hasta pasado mucho tiempo. Mi trabajo no es el de contar historias pero lo que sucedió me atrapó desde el primer momento. Esa noche me tocó guardia y en un momento dado me quedé dormido, luego el teléfono me sobresaltó. Mi superior. Lo peor. Un desastre aéreo. Esta vez en la pista al aterrizar.

Miré el reloj. Las cinco todavía. Uf! De madrugada no. Imposible. No íbamos a ver nada. Además aún debía haber mucho material ardiendo o extinguiéndose cuando me llamó éste. Aquél día había sido tranquilo. Como tantos otros. Una jornada corriente. Cuando llegan las once de la noche y a pesar de la aparente normalidad, ya estoy cansado y lo que me apetece es dormir. Si uno vive solo y llegadas esas horas, al menos yo, me aburro bastante. Prefiero irme a la cama. Sonó pues el teléfono. No se repite habitualmente pero llegado el caso me imagino perfectamente qué puede ser. De modo que no me sorprendí mucho que digamos. Era el teniente, como no y con aquella voz a esas horas intempestivas me contó lo sucedido. Me dio permiso un par de horas más para que me fuera despertando y se aclarara algo la pista, pero a las siete o como mucho a y media debía de estar ya allí. Al darme la noticia y contarme algunos detalles pude hacerme una idea de la magnitud de lo que había pasado. No sé para qué lo hizo sabiendo que al rato tenía que estar allí. Parecía que le gustaba. Ya no podía dormir. Me eché de nuevo otra vez pero nada; el sueño se había desvanecido rápidamente. Estaba más espabilado que la mar. Por eso me levanté y me hice a la idea de llegar antes por si se podía adelantar trabajo. Tomé algo, me duché y me fumé dos, tres o cuatro o cinco cigarros, ya no me acuerdo, antes de salir de casa. Tengo que fumar menos pero no puedo dejarlo. La noche estaba muy fresca. Las calles y avenidas aún vacías y mi corazón alterado y casi arrítmico

mientras conducía yo solo por todo el café, el tabaco y la preocupación que tenía ya en mi sangre tan temprano. Había ocurrido al entrar en la pista, en el vuelo MAD 5698, según me dice el jefe de la torre de control al llegar, no se sabe aún seguro qué podía haber pasado: un despiste en la cabina, un fallo mecánico en el tren de aterrizaje o un motor. Cualquier cosa. Había que averiguarlo y cuanto antes. En estos dramáticos casos hay que seguir el protocolo. Lo primero, atender las víctimas y apagar el incendio. Luego o a la vez, buscar la mal llamada caja negra. Cuanto antes se actúe mejor. Ahí está la clave y a eso voy: a por la famosa “caja negra”. Cuando llegué al sitio, los daños de todo tipo eran muy considerables. La imagen asoladora. No voy a dar detalles para no alargarme. El avión, al aterrizar, se le rompió una rueda y dio un golpe tremendo desviándose de la pista y su ala derecha, pedazos. Había algunas víctimas mortales y bastantes heridos, unos leves y otros menos leves. Un desastre, vamos. Enseguida me puse a buscar la dichosa caja junto con dos compañeros más. Con un relente de consideración y las orejas bastante frías así que había que currar rápido. Primero, medir el radio de impacto y calcular a donde ha ido a parar. No tardamos mucho en encontrarla, afortunadamente. No había salido disparada sino que aún estaba en el avión. La cogimos y nos la llevamos al aeropuerto. Llevo tiempo sin fumar pero no aguanto más. Nos pusimos a trabajar y recopilar datos. Esto es un proceso lento y hay que asegurarse de todo lo que se vea y oiga porque

luego hay que emitir un informe especificando las causas del desastre. Mi teniente me dijo delante de todos: “Maíllo, tú, los audios”. Yo creo que en ese momento puse cara de gilipollas y agaché la cabeza como el que va al matadero. Suficiente gesto para que al cuarto de hora estuviera con los cascos puestos y pegado a la pantalla del ordenador intentando aclarar algo más de la tragedia. Existen micrófonos no sólo en la cabina sino también en los asientos así que fui discriminando sonidos por doquier. Me saqué un café de la máquina. Y entonces ahí estaban. Mis frases. Con el paso del tiempo recopilé mucha información y ahora me atrevo a contar la historia. Es la primera vez que me dirijo a ti y te la cuento y lo voy a hacer tal y como la he oído. Esta es la historia de las frases de la caja del vuelo MAD 5698.

Antes de que llegara a su casa, se llevaba cuando menos una hora en vestirse y pintarse. Se plantaba delante del armario y se quedaba pensativa eligiendo el conjunto más apropiado. Luego se iba al baño y se ponía delante del espejo a depilarse y maquillarse cuidadosamente. Muchas veces hablaba sola mientras se miraba e imaginaba que había allí alguna amiga a su lado. Quería no parecer tan vieja delante de él e incluso se iba a tiendas de ropa de estilo más juvenil. Al principio él iba a visitarla dos o tres veces en semana pero después llegó a ir hasta cuatro. Todo dependía de la disponibilidad de él y por supuesto de la cartera de ella. Con el tiempo las salidas empezaron a hacerlas también de noche. En homenaje a su difunto esposo, Carmen Sastre le pidió un día quedar los domingos por la tarde. Mucho antes de que muriera el marido, ya solían hacerlo los dos. Cada día que venía a visitarla, ella tenía una ilusión especial. Aquél ligero nerviosismo que sintió la primera mañana que empezó a pintarle la casa, no se había extinguido. Ni mucho menos. Iba cada vez a más. Cuando estaba sola sentada en el sofá de la salita y se acordaba de que al día siguiente ya estaría allí, a su lado, intentando velar por ella y sacándola a pasear, empezaba en su estómago un ligero hormigueo que aumentaba según el momento se iba acercando. Echaba de menos de hacía ya mucho tiempo, años, un hombre a su lado. Aunque fuera sólo para charlar o simplemente poder mirarlo. Ya no pedía mucho más. Tan solo la

compañía. Alguien que la sacara de la monotonía que tanto le pesaba a veces, especialmente en invierno ¡Y aquél se parecía a Paul Newman pero con rasgos latinos, nada más y nada menos! Y lo mejor de todo es que él ni se había dado cuenta de lo guapo que era a pesar de que estaba a punto de cumplir los cincuenta. Eso era lo mejor que tenía: que nunca se había percatado. Hacía más de diez años que su marido murió y desde entonces había vivido sola. Estaba ya acostumbrada a ello, así, sin más compañía que sus libros. Muchas veces se planteó lo de conocer a alguien pero luego recapacitaba y se daba cuenta que aunque muchas veces le apeteciera esa compañía, ¿ya a su edad a quién iba a encontrar? ¿A un vejestorio como ella y que además le tocara luego cuidarlo? Pues iba a ser que no. Para eso se quedaba como estaba porque ya mismo tendrían que cuidarla a ella. A veces la idea de acostarse con alguien que no fuera su esposo le producía hasta repulsión pero tampoco buscaba eso a su edad. Se conformaba con la compañía y ¿nada más, Carmen? Se preguntaba ella misma a veces. Entonces Ángel C. era su hombre ideal. El que nunca tuvo.